

## EJEMPLARIDAD DE VICO (1969)

*Pietro Piovani*  
(1922-1980)

RESUMEN: Texto original italiano con motivo del Tercer Centenario del nacimiento de Vico (1968), en un momento en que el *nuovo corso* de los estudios viquianos se estaba asentando. El artículo ofrece una visión de conjunto del pensamiento de Vico que da razón de su grandeza y classicidad, es decir, de su *ejemplaridad*. De esa manera, Piovani presenta un nuevo Vico que se contrapone al Vico de los “católicos”, de los “positivistas” y de los “neo-idealistas”; un Vico que quiere ser «solo viquiano», libre de precursorismos y adecuaciones a filosofías preconcebidas; un Vico que propone un filosofar nuevo y original centrado en torno a la historia y la filología.

Palabras clave: Giambattista Vico, catolicismo, positivismo, neoidealismo, historicismo, Pietro Piovani, María J. Rebollo & Miguel A. Pastor [trad.].

ABSTRACT: This is the original Italian text written on the occasion of the Third Centenary of Vico's birth in 1968, a time when the *nuovo corso* of Vico studies was taking root. The article provides an overview of Vico's thought, explaining his greatness and classicism, that is, his *exemplarity*. Piovani presents a new perspective on Vico, contrasting it with the Vico of the “Catholics,” the “positivists,” and the “neo-idealists.” This Vico aims to be *purely Vichian*, free from precursory influences and adaptations to preconceived philosophies. This Vico proposes a new and original philosophy centered around history and philology.

KEYWORDS: Giambattista Vico, Catholicism, positivism, neo-idealism, historicism, Pietro Piovani, , María J. Rebollo & Miguel A. Pastor [transl.].

PUBLICACIÓN ORIGINAL: PIETRO PIOVANI, «Esemplarità di Vico», *Nuova Antologia*, 103, 1968, pp. 151-164, ahora en *La filosofia nuova di Vico*, a cargo de F. Tessitore, Morano, Nápoles, 1990, pp. 117-135.

**i** Sobre qué bases, sobre qué razones esenciales reposa la grandeza de Giambattista Vico, del cual se conmemora en 1968 el tercer centenario de su nacimiento? Las respuestas tradicionales están todas, más o menos, en crisis. Y es natural que sea así: todo *clásico* es tal, conserva su permanente juventud, no porque se haya momificado en el museo de una rígida admiración, sino porque es rejuvenecido, reavivado por las diferentes relecturas de las generaciones sucesivas, que se apoderan de él haciéndolo propio, cada una a su modo, con el contraste, dentro de cada generación lectora, de las distintas opiniones personales. Un clásico que, a través de los siglos, diga a todos siempre lo mismo es un clásico que no dice nada a nadie. La crisis de las respuestas tradicionales es, por tanto, una buena señal: es un signo seguro de la renovada vitalidad de Vico como clásico.

Las respuestas tradicionales pueden, sintetizando por comodidad expositiva, reducirse a tres tipos. La primera es la respuesta, por así decir, de tipo católico, consagrada por una historiografía más capciosa que inteligente: Vico es el héroe de una especie de super-contrarreforma filosófica, que no solo hereda la savia más viva de la primera y de la segunda Escolástica, repensadas en términos más neo-platónicos que neo-aristotélicos, más neo-agustinianos que neo-tomistas, sino que, detectando o adivinando en Descartes al precursor de todas las negaciones libertinas e iluministas, en la resistencia a Descartes se le hace anticipado campeón de la filosofía anti-moderna, en nombre de la tradición cristiana y romana reelaborada, por el legado recibido, del pensamiento italiano no corrompido por modas extranjeras, que permanece fiel a su afirmada catolicidad de fondo.

La segunda es la respuesta, por así decir, de tipo positivista: Vico es grande porque, como Comte, incluso antes que Comte, buscó las leyes fijas que regulan el curso de la historia y de la sociedad; entendió que los grupos sociales proceden por estadios ternarios en las épocas de la humanidad; y anticipó el descubrimiento de esa física social que es la sociología.

La tercera es la respuesta de tipo, por así decir, neo-idealista, que aprovecha algunas indicaciones del período del Resurgimiento, insistentes en la grandiosa soledad del filósofo napolitano en su siglo: Vico, más que genéricamente contrario a Descartes, es hostil al Descartes que anuncia la Ilustración, exaltación de la razón abstracta y matematizante contra la historia, la fantasía, la espontaneidad de las formas ideales e institucionales de la vida civil; por eso Vico, extraño a todo lo que es ilustrado, es el romanticismo en

potencia; preservado de sus propias incomprensiones y de los desconocimientos circundantes, está reservado a la admiración del siglo XIX idealista o, mejor, de sus continuadores en el XX, que pueden casi forjarse de él la imagen de una especie de involuntario pre-Hegel del siglo XVIII.

Ninguna de estas tres interpretaciones parece ya convincente. La primera, la católica, siempre ha sido la más débil: de Vico, sumado todo, estaba dispuesta a admirar especialmente lo que estaba fuera de la sustancia de la *Scienza Nuova* o aquello que era menos viquiano en su pensamiento, en una deducción a temas escolásticos que no tenían necesidad de incomodar a Vico para encontrar numerosas formulaciones, más ordenadas, en la cultura italiana del XVII y XVIII. Sin embargo, esta exégesis, ansiosa de hallar por todas partes sobre todo al Vico platónico y escolástico, reivindicaba a Vico en sí, no a los olvidados y ocultados platónicos y escolásticos envejecidos, reconociendo así en el napolitano la levadura de una originalidad distinta, fundamentalmente anti-tradicional, no buscada en realidad (contradictoriamente) por sí misma. Al contrario, por el temor de tener que conceder demasiado a eventuales consonancias y adherencias peligrosamente, modernamente «románticas», esta exégesis dejaba en la sombra el tema del *consensus* obtenido por las verdades humanas repetidas y vividas por toda la humanidad en la historia, advertido como el más fecundo de los desarrollos solo de una pequeña parte de la propia publicidad católica decimonónica no desconocedora de Vico y, en rigor, más libre en sus movimientos especulativos por estar más segura de sí.

La segunda interpretación, la de tipo positivista, se limitó a la adaptación de algunos esquemas comtianos a fórmulas viquianas. Bastaba que hubiese estudiado a Vico con integral y benemérito «método histórico» positivo y esos esquemas se habrían quebrado bajo el peso, muy robusto, de profundizaciones histórico-eruditas adecuadas. Pero tales contribuciones, que en otros campos han dejado huella, conservando su valor más allá de las nomenclaturas paleo-positivistas, faltaron en el tema viquiano, sobre el que se ha ejercido más frecuentemente el esquematismo de filósofos, de juristas, de sociólogos superficiales, equivocados, por encima de todo, por su estrabismo teórico, deseoso de «criticar» cada vez más el positivismo mirando con un ojo a Comte y con el otro a Kant. La veleidad de retraer a Vico a un método subordinado a la metodología de las ciencias naturales, privada del eventual enmascaramiento de dialécticas inteligentes, resultaba así en la plana evidencia de su patente sinsentido.

La tercera interpretación, la de tipo neo-idealista, se ha movido en medio de la complejidad de las páginas viquianas con una pericia muy distinta, con una madurez muy distinta, con una elegancia muy distinta. A lo largo de un recorrido abierto por Bertrando Spaventa, Vico, enteramente releído gracias a la preciosa revisión y restauración textual nicoliniana, se convierte en el pilar de sostenimiento de un puente ideal que une la crítica pre-romántica del racionalismo abstracto al perspicaz posromanticismo de los kantiano-fichteanos convertidos en reformadores enérgicos de Hegel. Pero esta interpretación, lúcida hasta la brillantez, podía relacionarse con el pilar viquiano hasta sostener el conjunto arquitectónico en el que Vico se incorporó funcional e instrumentalmente, es decir, hasta que consiguiese impedir la duda acerca de la validez de este o aquel elemento interpretativo. Apenas revisada la imagen del siglo XVIII como siglo de la razón abstracta, apenas reexaminados los límites posibles de toda reforma de Hegel, apenas propuesta una visión del historicismo europeo naciente del propio seno del XVIII o ligado a ideas más anti-hegelianas que hegelianas, Vico se ha encontrado descubierto por todos lados, como parte inútil de un sistema criticado, sistema a su vez promotor de investigaciones destinadas a confirmar y ampliar dichas críticas. No existe cautela sistemática que no esté forzada a cometer, si es hábilmente elástica en las defensas, alguna imprudencia de movimiento. El haber consentido y favorecido la lectura directa de los textos viquianos no podía dejar de poner en marcha reflexiones ya fuera analíticas, ya, lentamente, sintéticas, cada vez más conscientes, cada vez más dispuestas a comprender, por cuanto posible, a Vico en sí y por sí, no como momento retrodatado de una serie de tiempos sucesivos y, en mayor o menor medida, extraños. En particular, la ya iniciada y luego profundizada investigación sobre la situación real de la raíz cultural del genio viquiano desmentía el absoluto aislamiento del filósofo en su tiempo, revelando afinidades, influencias, contactos, italianos y europeos, conectados radicalmente a corrientes características del siglo XVIII.

Por contraste, por comprensible reacción, la exploración de dicha raíz corre hoy el riesgo de volverse demasiado detallada, hasta agotar sus considerables méritos en mínimas polémicas sobreentendidas o en sobrevaloradas bagatelas marginales, hasta disecar a Vico para compilar un variopinto atlas anatómico de sus partes compuestas, que puede explicarlo todo excepto la unidad orgánica, excepto la excepcional personalidad viviente. La cuestión de la relación entre Vico y su tiempo, previa al planteamiento mismo de la mejor

comprensión de Vico en general, entra, se le hace entrar, siempre en un camino equivocado cuando olvida, como a menudo ha olvidado, una aguda observación de Francesco De Sanctis: «Situado en sus siglos, en ese conflicto de dos mundos que emprendían las últimas batallas, no estaba ni con unos ni con otros y les cantaba a los dos». Y, precisamente por esto, precisamente por rescatar su conquistada independencia, era partícipe, ora en el disenso, ora en el consenso, de ambos.

\* \* \*

Entonces, ¿cuáles son las razones de la grandeza de Vico? ¿La crisis de las respuestas tradicionales no es probable que sea la crisis de las más estables razones de la grandeza viquiana, si, de ninguna manera, el filósofo aparece como el titán majestuoso en el dominar o remontar los siglos? Un Vico solo viquiano, ¿no es probable que sea mucho más pequeño que el Vico precursor excepcional o que la restaurada conciencia de la filosofía católica, o que la metodología científica naturalista de la investigación social positivista, o que las valoraciones circularmente distintas de la filosofía del Espíritu? Se puede responder con tranquilidad que Vico, si realmente se sustrae a los registros póstumos a las escuelas filosóficas que se sucedieron en la contienda, se mantiene, con todo el derecho, como el máximo pensador italiano; conserva todos los títulos para aspirar legítimamente a tal calificación. Se entiende que, para salvarlo de los póstumos registros forzosos, es oportuno protegerse de dos errores iguales y contrarios: por un lado, intentar adscribirlo de oficio a escuelas aún más lejanas y más externas; por otro lado, renunciar, pasivamente, a cualquier descifrado unitario para limitarse, con mal disimulada perplejidad, al simple elenco de sus literales contradicciones y confusiones. Vico es un nudo de ideas no desembrollable en un orden exterior clasificante, sino comprensible en el interior del genial enredo en el que se encarna. Comprender desde el interior el sentido de un grupo miguelangelesco no quiere decir aplanar las figuras en el diligente diseño de una bien calculada sección. Ni tampoco significa recurrir a un cuidadoso análisis químico de la composición de los colores: eso, por sí solo, no ayuda a comprender el fresco. Comprender la grandeza de un grande es revivirlo en su unitaria problematicidad.

\* \* \*

En medio de las sombras más oscuras, de las contradicciones más estridentes, de las confusiones más desconcertantes, Vico es grande por la fuerza con la que afronta algunos problemas consiguiendo, más que resolverlos, mutarlos. Algunos problemas abordados por él, incluso indirectamente, aunque no afrontados y eviscerados sistemáticamente, son sin embargo transformados por ese contacto especulativo quizá fugaz. De esta manera, él pertenece a la mejor estirpe de filósofos: la que transforma.

Todas las meditaciones juveniles y no juveniles, paralelas y no paralelas, que se mantienen fuera de las novedades de la *Scienza Nuova* valen sobre todo como preparación para ella: de las *Orazioni inaugurali* al *De antiquissima*, el platonismo de Vico, aunque inspirado originariamente en viejos cánones de mal renovada academia, es dominado, queriendo o sin querer, por la aún incierta intención de constreñir el mundo de las ideas a medirse con el umbrío mundo de la historia. Los escritos cronísticos e historiográficos permanecen entre narración áulica y abandono a una sincera curiosidad de investigador y narrador, preparado para comprender en lo pequeño lo grande, cuando es obligado, en el elogio moderado por la honestidad, a engrandecer lo pequeño. El *Diritto Universale*, más deseoso de descubrir *constant*es que de reconstruir unidades, es una verdadera introducción a la *Scienza Nuova*, porque es el ingreso, aunque prudente y aún indeciso, en el mundo histórico entreabierto en sus nuevas características.

El mundo de la historia es el campo de acción renovado en el que la ciencia se convierte en un conocimiento nuevo. Su *descubrimiento* indica un nuevo curso al filosofar: Física y Metafísica, como aliadas filosofías de la naturaleza y de la sobre-naturaleza, como descripciones contemplativas de lo natural y de lo sobrenatural, pierden su importancia tradicional. Respetuoso con las tradiciones, íntimamente lento y cauto al alejarse, deseoso también de repensarla y renovarla, Vico, en la historia del pensamiento, trabaja por la causa de la revolución filosófica más radical. Su apología filosófica de la historia es la despedida definitiva de la metafísica clásica; el advenimiento de la filosofía como filosofía de la historia; y el adiós de la filosofía como filosofía de la naturaleza. Es la sustitución de la cosmología por la humanología. El conocimiento por antonomasia se convierte en ciencia del hombre. Todas las reflexiones viquianas sobre el valor de la matemática, de la geometría, de la física, moviéndose con sincero respeto a las precedentes y circunstancias consideraciones fundamentales sobre los arduos temas, llegan a la neta denegación:

no es dominable y cognoscible por el hombre aquello que no ha sido hecho por el hombre. La insistencia experimentalista, aunque de genial tipo baconiano, sobre el valor de la experiencia no debe impedirnos distinguir entre experiencia y experiencia. La insistencia en la profundización de la ciencia, aunque de genial tipo galileano, no debe contribuir a mantenernos alejados de la única ciencia que es verdaderamente posible para el hombre. La experiencia que es nuestra, la ciencia que es nuestra, es la historia. El «*estilo histórico*» entrena el ingenio de Vico, haciéndolo capaz «*de observar entre cosas alejadísimas nudos que en cualquier razón común las apretarían juntas*». Este «*análisis verdaderamente divino*», no ambicioso de verdaderos humanamientos inverificables, sino fundamentado sobre ciertos documentables para verificar «*pruebas*», «*nos guía sutilmente con el hilo dentro de los ciegos laberintos del corazón del hombre, que puede dar, no ya los acertijos de los algebristas, sino la certeza, cuanto es humanamente lícito, del corazón del hombre*». A su modo divino es tal análisis humano porque controla y penetra las acciones en las que el hombre es dios, sin pretender describir y explicar las ocultas conformaciones de la naturaleza, desconocidas para la filosofía del hombre, cognoscibles en su individualidad solamente por la sobrehumana voluntad que las ha hecho. El hombre, que hace su mundo, piensa en conocer el mundo que hace. La ciencia que le compete es esta. Lo verdadero se busca en lo hecho.

En esta auto-atribución, que es al mismo tiempo toma de posesión y auto-limitación, apropiación y exclusión, la filosofía se historiza y la historia se universaliza. Vico no tiende a anexar la antropología a la metafísica, a someter la historia a la lógica. Su esfuerzo se mueve en el sentido de la historización de la filosofía; no se mueve, pre-hegelianamente, en el sentido de la filosofización de la historia, que es similar a una especie de reducción de la historia a la ciencia universal como renovada metafísica. La historia de Vico permanece como historia, que es historia de «*cosas*» y de «*ideas*», apreciación de «*cosas humanas civiles*»; incluso cuando es «*historia ideal eterna*» en la cientificidad de la *Ciencia Nueva*, es historia ideal porque es «*historia de ideas humanas*», que prueban su eterna idealidad historizándose y que no son ellas mismas si no saben historizarse. La historia de Vico no es una racionalización que aplasta los hechos y las ideas en una nueva logicización. Sin embargo, como todas las vivas novedades, tiende a expandirse: en cuanto conocimiento humano, reivindica su universalidad, esconde, bajo sus respetuosas auto-limitaciones, la voluntad de luchar por lo que es suyo y la aspiración potencial a

engrandecerse. No conceptualmente universalizante, la historia de Vico es universal y no renuncia –a su modo– a algunos métodos del universalismo cósmico, preparado para ligar el presente con lo eterno con mecanismos de vínculos más o menos eficientes. Por eso no renuncia al expediente de los retornos cíclicos, aunque se apoye en él bastante menos de lo que parece, bastante menos de lo que se repite.

Entre la física-metafísica, que no es del hombre, y la historia, que es del hombre, el reparto deja espacios de colaboración posibles, zonas de contienda no evitables. Refutado el universo, la filosofía historizada mantiene su individualidad. A ningún coste, después de todo, el hombre de Vico, celoso de lo que le pertenece, preocupado de no perder nada de su propia humanidad, se sentiría sí mismo si renunciase a ir más allá de sí mismo. Si los cursos y recursos lo liberan del cautiverio de lo puramente temporal, conquistando los dudosos giros en las órbitas del pasado y del futuro, el reenvío a la Providencia prevé una especie de cooperación entre los órdenes enérgicamente distintos, en la línea de una división severamente señalada, pero no cerrada. La Providencia sirve, en Vico, menos a las intervenciones de Dios en la historia que a las salidas del hombre de la historia. Esta no antropomorfiza a Dios, que la historia reconoce en los efectos, pero no manifiesta en la naturaleza, remota y oculta; esta sirve –bastante más– para ampliar la esfera de lo humano, garantizándola, reforzándola gracias a la curvatura providencial. Las acciones se sobrepasan a sí mismas, trabajan inconscientemente en la tarea secreta de la humanidad, si, al entrecruzarse, al encontrarse, actúan en un plano providencial. Sin embargo, para Vico, este plano, precisamente porque está oculto, no es comprobable más que en las interpretaciones de la historia: no vive en determinaciones manifiestas, sino que se muestra en manifestaciones que hay que interpretar. Y sus manifestaciones no son más que las mismas acciones de los hombres. El plano de la Providencia no actúa más que a través de la voluntad de las gentes que operan dentro de la naturaleza común de las naciones. Y los hombres, en las naciones, pueden traicionar esta voluntad, fallándose a sí mismos, decayendo desde el nivel humano civil, hundiéndose en una nueva bestialidad por la culpa y la inercia, por pereza o por abuso de sutileza intelectualmente refinada. Por este abismo, siempre abierto, la Providencia viquiana huye de todo determinismo del hecho, excluye todo capricho del caso: su plano, inciertamente propuesto, difícilmente descifrable, depende, para la ejecución, de la voluntad de los hombres. La humanidad, más

que estar determinada, lo determina, o, al menos, más que depender, se le adelanta, reconociendo en las posibles alteraciones benéficas providenciales un engrandecimiento de la historia. Por las universalizaciones que contiene, la historia, corriendo los riesgos de la propia alteración, se libera del riesgo de permanecer prisionera de la mera temporalidad. La historia viquiana no se restringe a la condición limitada del eterno presente.

Pero las universalizaciones previstas por la historia de Vico, privadas de racionalidad fatalmente inmanente, son mejores para proteger otras universalidades históricas de las trampas de una metafísica que, camuflada de historia, instrumentaliza la historia, reduce a los hombres a órganos de su automática dialéctica, inexorablemente victoriosa. Mal montada en su racionalidad, medio ingenua y medio astuta, la providencialidad de la historia viquiana tiene una incierta lógica: su lógica parece casi competir con las lógicas de los hombres que la hacen; no las supera por mil codos en los inevitables triunfos de la absolutez del espíritu.

\* \* \*

En Vico la historia no tiene una naturaleza espiritual superior a imponer metafísicamente. En Vico la historia está toda encomendada a las naturalezas que debe conocer. Su ser ciencia está precisamente en el conocimiento de las diversas naturalezas. Licenciada la Naturaleza de la Física, la ciencia histórica se afirma como conocimiento de las naturalezas humanas a investigar. En esta indagación, la filosofía deja conscientemente de ser contemplación de las Esencias, descripción de la Naturaleza, explicación de la Sustancia. Se convierte en examen de las diversas naturalezas. «*Digamos guías propias de la naturaleza con las que nacían las cosas humanas*». Para la individuación filosófica de estas *naturalezas*, cualquier filosofía estática del ser debe ser abandonada. A tal abandono le es inherente la persuasión de que el ser está destinado a ser entendido solo en la dinámica de la existencia. En el esfuerzo de la nueva comprensión, la filosofía historizada encuentra en la «*filología*» su mayor apoyo.

Es inútil discutir los límites del verdadero conocimiento académico de Vico como filólogo (probablemente inferior a la doctrina filológica de su tiempo) si no se entiende que fundamental mérito de Vico, razón muy notable de su grandeza, es haber comprendido el valor íntimo de esta disciplina en

progreso señalando la importancia de la filología como ciencia filosófica. La filología como ciencia filosófica es la ciencia del análisis necesario de los hechos: discrimina *fábulas*, tamiza los *mitos*, corrige *geografías*, comprueba *cronologías*, persigue *etimologías*, distingue *idiomas*, humilla la *arrogancia* de los sabios y las naciones: sirve, con su sentido de lo particular, a la historia universal; es indispensable para la historia universal. Sin filología, la historia como ciencia nueva no lo sería.

La filología es una ciencia filosófica porque, para Vico, es ante todo lo demás, interrogación metódica de los «*orígenes*», que con el nuevo «*arte crítico*» de Vico se vuelve siempre vigilante perspicacia. La filosofía de Vico en la búsqueda de sus orígenes toca su clímax y reconoce su significado. Los universalismos de su historia nunca deben hacernos olvidar que la *Scienza Nuova* es –y quiere ser– ante todo una historia de los «*orígenes razonados*», una reconstrucción del «*conocimiento oculto*». El saber evidente ya conocido solo puede quedar en la superficie: filósofo es el que rompe las cortezas que, históricamente, cubren, capa a capa, las cosas humanas. Las imágenes, frecuentes en Vico, de cuevas y bosques explorados para acoger a los hombres en el estado germinal de su civilización aún *incierto*, habla de la voluntad del pensador de sumergirse en las profundidades de los fenómenos para llegar allí donde se forman. *Cosas, ideas, palabras* no pueden ser entendidas a menos que sean sorprendidas en el acto de su ser primero, de su formación original. Ser que se muestra con distinta claridad en la totalidad de su apariencia, interesante pero cambiante, tal vez transitoria: su constancia, su permanencia, su estabilidad deben ser probadas. Para comprender el verdadero valor del ser que es, hay que mirar el ser que está hecho. La naturaleza de las cosas está en su «*nacimiento*». La historia es epistemología porque, guiada por el método filológico, conoce las cosas identificando sus orígenes, fundando así la única metodología válida de conocer. La filosofía del ser es así reemplazada por la filosofía del devenir. El genetismo viquiano pone en crisis todo ontologismo tradicional. El ser no es una sustancia dada, para ser fijada metafísicamente en su objetividad: es ser-en-movimiento. El ser identificable en la existencia proteica de los fenómenos no puede ser captado por un nuevo conocimiento: la historia es este conocimiento. Capta los *hechos* (que son las acciones consolidantes de los hombres que *hacen*) mejor que en llamativos picos de la curva de la historia universal en los acontecimientos cotidianos que siguieron las diversas estratificaciones de su existencia, trayendo de vuelta necesidades

esenciales primordiales, que no son de toda la humanidad, pero son «*principios*» de la humanidad, decisivos en la constitución de naturalezas. Los *principios* son verdaderamente tales no en la descripción de sustancias clasificables, sino en la identificación de las razones originales. El genuino racionalismo de Vico es el buscar estas razones, que son las raíces del ser en devenir. La historia, como gnoseología de la existencia humana, prohíbe al mismo tiempo cualquier presuntuoso irracionalismo de puras intuiciones y cualquier presuntuoso racionalismo de clarificaciones puramente intelectuales.

Vico no propone tanto su «filosofía de la historia» como historizar todo el filosofar. Después de él, la metafísica solo puede subsistir como una «*metafísica del género humano*»; cualquier filosofía de la mente solo puede existir como una filosofía de la mente humana en su desarrollo, que, sin embargo, no se constituye en un cuerpo superior espiritualizado porque logra advertir contra la reducción de la «mente de las naciones» a un solo, supuesto, espíritu de todo el mundo. Las *naciones* tienen una «naturaleza común», pero cada una de ellas, naciendo diferente, no puede dejar de seguir su propio itinerario, que la constituye en su individualidad irrepetible. La *fábula* de leyes, costumbres, idiomas, comunes a todos los pueblos porque pertenecen a una cosmópolis ideal, puede provenir de ambiciones de erudición artificial, pero, aunque comprensible en sus causas, está destinada a ser negada por una *crítica* que sepa de *filología*. Más bien, las diversas formas de las mentes de las naciones vienen observadas en su desarrollo, para comprender cómo las necesidades de las acciones agudizan las formas de pensamiento y las modelan, de modo que no hay *lógica* que no esté moldeada por la historia. Incluso el descubrimiento del *logos* es invención que nace en la historia por necesidad de comunicación, por la reunión de las mentes, hechas conscientes en la «*conciencia*» de los consejos compartidos y establecidos.

En una lógica similar de lo concreto, el valor del *ingenio* y de la *fantasía* no puede dejar de ser notado con una mejor y más profunda exploración; no se puede entender en su totalidad el significado que tiene en la historia de las *lenguas* y en la historia de la *poesía*. Puede ser que la doctrina del proceso de formación espontánea de lenguaje y poesía tenga una conciencia en Vico menos teorizante de lo que se quisiera; puede ser, sobre todo, que anticipa mucho menos de lo que realmente parece dichos relacionados y varias teorías románticas. Incluso puede ser que, en muchos puntos, sea inferior a las tesis serpenteantes en perspicaces observaciones lingüísticas y estéticas de la edad

moderna, antes de Vico. Pero la reivindicación de Vico del ingenio y la fantasía en la historia de las lenguas y de la poesía tiene el mérito de insertarse en el ámbito de una filosofía dentro de la cual la lógica atribuye un nuevo lugar para la función «poiética» del ingenio espontáneo; por lo tanto, sin sistematizaciones adoctrinantes, estableciéndose en nuevo camino en la historia de la filosofía del saber, desquiciando las reivindicaciones convencionalistas abstractas que vuelven. La atribución de este nuevo lugar se debe a Vico.

En el desarrollo del pensar como conquista humana, *lenguajes y poesía* se convierten en *hechos* para ser vistos nacer de manera renovada. El nuevo examen puede contradecir las conjeturas, juzgadas blasfemas, de filósofos «solitarios», antiguos y modernos; sin embargo, es de crueldad sin igual. No se detiene, en su examen, frente a funcionarios respetados: ningún campo está excluido, no se niega la invasión de ningún terreno. Política, derecho, religión no están excluidos de este examen al que le gustaría confirmarlo todo, pero no se detiene ante nada. El pensador que, en homenaje a su catolicismo, renuncia traducir y difundir al admirado y criticado Grocio, más allá del escritor protestante desatiende las consagradas argumentaciones aristotélicas, desmembra los cuerpos sociales, desgarrando experimentalmente los tejidos conectivos de las comunidades para poner al descubierto las naturalezas originales. Su vivisección de hechos e instituciones surge de una perspicacia que, en sus resultados, no es menos agudo que el de P. Bayle. Ajeno a cualquier pre-iluminación explícita, se mueve, solo por entusiasmo *filológico*, en medio de clichés tradicionales con una energía quirúrgica que nada tiene que aprender del reformismo, del que no participa. Dominado por la inspiración imparable de su investigación, construye con su «*filosofía de la autoridad*» una muy libre crítica a cualquier *auctoritas* que se resista a justificarse históricamente en su génesis desvelada.

Analizados en la oculta interioridad de sus centros nerviosos, los fenómenos examinados son alterados sustancialmente por las perturbadoras exploraciones a que son sometidos. La *historia sagrada* también tratada con extrema deferencia, se toma como testimonio muy válido y dejada como un simple momento documental para una evaluación histórica más amplia. La *religión*, aunque defendida de cualquier negación externa, se toma como un complejo de intocables verdades y dejada como confirmación viva de las tangibles, necesarias investigaciones. La *moral* se toma como exaltación de las *virtudes* más nobles y dejada como despiadada ética humana del esfuerzo, que cae cuando los

hombres decaen. El *derecho* es tomado como un comentario sobre la ley natural, ejemplificado por sabiduría jurisprudencial romana, y dejado como experiencia de defensa que cada nación debe experimentar a su manera, en sus instituciones nativas. Pero lo peor de todo es que la *teología* ve sustraídos los fundamentos cosmológicos, transformados en los fundamentos de sus verdades y en los métodos de su exposición, hasta ser alterados por la introducción simultánea de otra teología: *la teología civil*, que es la civilización de la teología. En resumen, la crítica de este filósofo obsequioso tiene un poder erosivo que no necesita separarse o romperse porque cambia todo lo que toca.

\* \* \*

Las grandes novedades contenidas en la *ciencia* que no por casualidad se denomina y se declara *nueva*, no nace de una voluntad clarividente, sin embargo no excluyen una conciencia aguda y dolorosa. No en vano el autor, que alterna en su seno humildad y orgullo, sobre su obra maestra puede llegar a decir: «*Me siento revestido por esta obra como un hombre nuevo*». La humanidad que la filosofía conoce después de la *Scienza Nuova* es más complicada, más robusta, menos pulida, menos intelectual que la humanidad clásica o clasicizante: registra tonos y connotaciones desconocidas para la imagen del hombre proporcionado de la filosofía como filosofía del pensamiento. El centro de la diferencia no está en la variedad tipológica presentada, de los «*bestioni*» a los *fuertes*, de los *héroes* a los *eruditos*; no está en el abandono de la solitaria sabiduría monástica, al aceptar la invitación a mezclarse con la multitud de la ciudad romulana dejando los muros de la república platónica. El centro de la diferencia está en el propósito metódico nuevo de renunciar a los esquemas de toda la tradición filosófica, benemérita por su viejo y distinguido trabajo, y lanzarse a una aventura cultural que prohíbe la timidez y retorna: la hazaña de inaugurar una filosofía que ve al hombre de una manera diferente porque es la fenomenología del hombre que deviene, en su movimiento, para ser seguido y perseguido en las modificaciones de su ser, que son su auténtico ser porque son su historia. En vista de esta filosofía, como filosofía del vivir la experiencia, entran en crisis todos los instrumentos de la pura filosofía del pensar. Junto con la física refutada, no solo se descarta la metafísica, sino la lógica conceptualizante: la lógica que, para seguir los cánones del nuevo conocimiento, debe historizarse, debe saber pensar con el hombre que pensó su

historia y se hace identificándose de una manera y no de otra, por los esfuerzos de ese pensamiento por esas acciones. Los modos y las causas por los que debe estudiar la nueva lógica son estos.

Las propuestas de Vico no son solo una nueva filosofía: son un nuevo filosofar, basado todo en la demostrada convicción de que el hombre paradigmático, hipostasiado en modelo de normalidad intelectual, definible de una vez por todas, si es una abstracción imposible o si es posible captar la idea del hombre a través de la humanidad en la que está hecho, no será de una vez por todas, sino tantas veces como pueda estar, con ardua creación en curso, a la altura de uno mismo. La historización del pensamiento es la oferta a la filosofía de un nuevo lenguaje, en línea con las ambiciones y los deseos más o menos latentes, más o menos manifiestos, al largo, remoto progreso de la filosofía hacia el conocimiento historizado. En la valiente primera adopción de este lenguaje reside el carácter ejemplar de Vico.

Por poco claras que puedan ser las intenciones metodológicas de Vico, la *Scienza Nuova* es consciente de proponer, por primera vez de manera extensa, aunque confusamente sistemática, la alianza indisoluble entre la filosofía y la historia, con renuncia definitiva a la construcción de conceptos que afirman ser algo más que conceptualizaciones, con abandono definitivo de verdades inscritas en los círculos de una cosmología ajenos a los «órdenes civiles», que son las situaciones de civilización humana dentro de la cual el hombre debe saber ordenarse a sí mismo, probando en esta experiencia que su sabiduría efectiva es verdadera porque es cierta. Después de Vico, se quiera o no, no se puede prescindir de la propuesta de Vico. La filosofía hoy más que nunca está dominada (le guste o no, lo sepa o no) por esta sobreentendida confrontación inevitable, que es, ya en sí misma, presencia felizmente obligada.

La indicación metódica de Vico es el ejemplo clásico del filosofar anti-tradicional. Cualquiera que trate de ignorarlo terminará rastreando, de hecho, formas tradicionales restauradas, más o menos convenientes, más o menos adaptables, más o menos criticables.

La cultura hostil a todas las abstracciones y todos los preceptismos se puede reconocer como lo anticipó Vico: se puede reflejar benéficamente en él, animados, guiados por su ejemplo. En Vico y para Vico, en efecto, «uno se olvida de juzgar según categorías extrahistóricas y absolutas, uno deja de buscar estas categorías», como escribió un inteligente «viquiano» del siglo XX, Erich Auerbach. El mismo Auerbach agregó palabras que, inspiradas en

la lección de Vico, pueden ser testimonios repetidos de la vitalidad y vivacidad de un mensaje admonitorio:

Se aprende poco a poco a encontrar en las mismas formas históricas las categorías ordenadoras, elásticas y siempre temporales, según sea necesario. Y comienza con el aprendizaje de lo que los diversos fenómenos significan por derecho propio, y lo que significan dentro de los tres milenios cuya vida literaria conocemos de alguna manera; y luego, en tercer lugar, lo que significan, aquí y ahora, para mí y para nosotros. Eso es suficiente para juzgar, es decir, para asignar a fenómenos su rango, basado en las condiciones de su propio surgir; también es suficiente reflexionar sobre lo que es común a los fenómenos más significativos. Pero el resultado de esta reflexión nunca puede expresarse en una forma abstracta y extrahistórica, sino solo como un proceso dialéctico-dramático, como intentó hacer Vico, imperfectamente, pero incluso de una manera ejemplarmente insustituible.

*Traducción de María José Rebollo Espinosa  
y Miguel A. Pastor Pérez*

